

Testimonio Personal de Leroy Cottrill



“Mi vida depravada tuvo su principio cuando yo tenía 15 años de edad. Yo era muy susceptible y muy listo como la mayor parte de jóvenes. Los siguientes 15 años eran una prueba en la vida de lo que es el mismo infierno. (Pero gracias a Dios yo encontré la salida). A los 15 años algunos de los muchachos grandes malvados del barrio me dieron una botella de ron 151 y se rieron de mí al verme tomarlo como si fuera una agua gaseosa. Antes de poder llegarme a casa, que quedó solamente a unas cuerdas del lugar, ni podía andar. Mi madre me encontró tirado sobre la acera sin saber lo que me estaba pasando”.

“Desde ese momento Satanás tomó las riendas de mi vida. Comencé a fumar cigarrillos que también matan. Además tomaba licores en toda ocasión tal como los demás de la muchachada, creyéndome ser “el huevón” del grupo. Era en aquel entonces que se comenzó el uso de las drogas. No me gustaba mucho la marihuana. Eran las drogas ácidas que me gustaban más. Durante tres años yo usaba LSD y cualquier otra droga que podía conseguir. Durante este tiempo me casé y a la edad de 19 años llegué a ser padre. Tomaba más y más y todo mi tiempo libre lo pasé en los bares, enredándome en toda clase de pecado. Un día cuando tenía 23 años, las autoridades me hallaron tomando Whisky y otros estupefacientes. Fui arrestado y metido en la cárcel. Logré salir bajo fianza. En ese tiempo estaba trabajando en una fábrica de fundiciones y el vicio del licor me estaba costando mucho. Desde el momento de mi primera detención fui de mal en peor. Abandoné a mi propia esposa y a mi hijo, y me fui a vivir con otra mujer. Ahora pude tomar todo lo que quería ya que ella misma trabajaba en un bar”.

“En mi miseria de modo que no entiendo, logré reconciliarme con mi esposa, pero pronto fui arrestado de nuevo. Esta vez era por vender drogas aún en el período de mi fianza. Además de la sentencia de uno a cinco años que me amenazaba, me mandaron a la cárcel con dos sentencias, una de diez y otra de veinte años. Estaba en la cárcel cuando mi esposa se divorció de mí y era precisamente en esta época cuando nació mi segundo niño, una hija, a quien nunca logré conocer. Después de pasar un año en la cárcel, milagrosamente fui librado. Hasta el día de hoy, doy gracias a Dios que Él mismo obró este milagro a pesar de que yo ni le había conocido”.

“Después de todo eso, es de suponerse que yo hubiera aprendido mi lección. Así pensé yo durante poco tiempo. Sin embargo, no resultó así. Mi esposa no me pudo perdonar. Tampoco pude yo enmendar el mal que les había ocasionado a ella y a mi hijo. Así desesperado me entregué de nuevo a la maldad, y muy pronto me encontré nuevamente en la cárcel”.

“Esto era un verdadero susto. Me vi enfrentado con la acusación de asalto criminal, robo y conducta desordenada. Todo eso sucedió en la época de mi segunda fianza. Por otro milagro, no me llevaron a juicio dentro de los noventa días, por lo tanto salí libre después de haber pasado solamente treinta días en la cárcel. Todo lo que les he contado no es más que un pequeño vistazo de la vida que intentaba llevar por mí mismo”.

“Alabo a Dios por haberme tenido misericordia, por haberme perdonado y por haber transformado mi vida y mi persona en un hombre verdadero y un padre noble. Me es difícil contar mi felicidad y gratitud, pero créame, yo estoy feliz. Este cambio aconteció hace cuatro meses y te puedo decir sinceramente que por primera vez en mi vida, he estado verdaderamente feliz y triunfante en todas las tentaciones que me sobrevienen. Todo lo debo a la misericordia de Dios”.

Este testimonio Leroy dejó escrito antes de fallecer. Un amigo suyo, compañero de clase de enseñanza secundaria, le había introducido en las drogas. Ambos llevaron vidas desenfadadas. A Daniel, el pecado le llevo por camino igual al de Leroy. Pero la misericordia de Dios alcanzó a Daniel primero. Y él se entregó a la oración por su compañero. Un día recibió una llamada telefónica. Era de Leroy quien decía: “Daniel, Dios me salvó. Quiero que me vengas a ver”. Juntos se pusieron a regocijarse y alabar a Dios y juntos oraron para que Dios le quitara a Leroy el vicio del cigarrillo. Juntos quemaron en el jardín de la casa un cartón y varios paquetillos de cigarrillos juntamente con algunos álbumes de música rock.

Unos días después, recibió otra llamada de Leroy quien le dijo: “Daniel, ¡qué bueno es! Ningún deseo he tenido para un cigarrillo”. Leroy dejó de tomar, fumar, asistir a las parrandas y tuvo grande amor para su Biblia. La tenía al lado de su cama hasta las últimas horas de su vida.

A pesar de la transformación que Leroy experimentó, tuvo que pagar por la mala vida que había arruinado su cuerpo. Cáncer pulmonar estaba reclamando su víctima. Dieciocho horas antes de morir, Daniel le visitó en el hospital y lo encontró bajo oxígeno en su última agonía. Daniel le preguntó: “¿No quieres que te lea algo de tu Biblia?” “Cómo no,” contestó, y abriéndola, Daniel encontró muchas partes subrayadas como porciones muy queridas de parte de Leroy. Después de la lectura y oración Daniel le dijo: “¿Sabes qué, Leroy?” “No sé de qué se trata,” dijo el moribundo. “Si tú llegas a los cielos antes de mí, yo voy a sentirme muy envidioso.” Con estas palabras, una sonrisa cubrió el rostro de Leroy quien dijo: “No tengas pena, Daniel. Al llegar voy a reservar lugar para ti”.

Los dos amigos se abrazaron y lloraron, y pasadas unas dieciocho horas, Leroy llegó a su casa eterna. El mismo Dios que transformó a Leroy y a Daniel puede transformar a cualquier hombre que le busca. Si tú estás sufriendo los crueles latigazos de pecado, mi muy querido lector, dirígete con oración a Cristo. Reconóctete pecador; confiesa tus pecados a Dios; pídele perdón y ruégale que te salve por amor de Cristo. Te aseguro que Él te puede reservar un lugar para ti en los cielos.